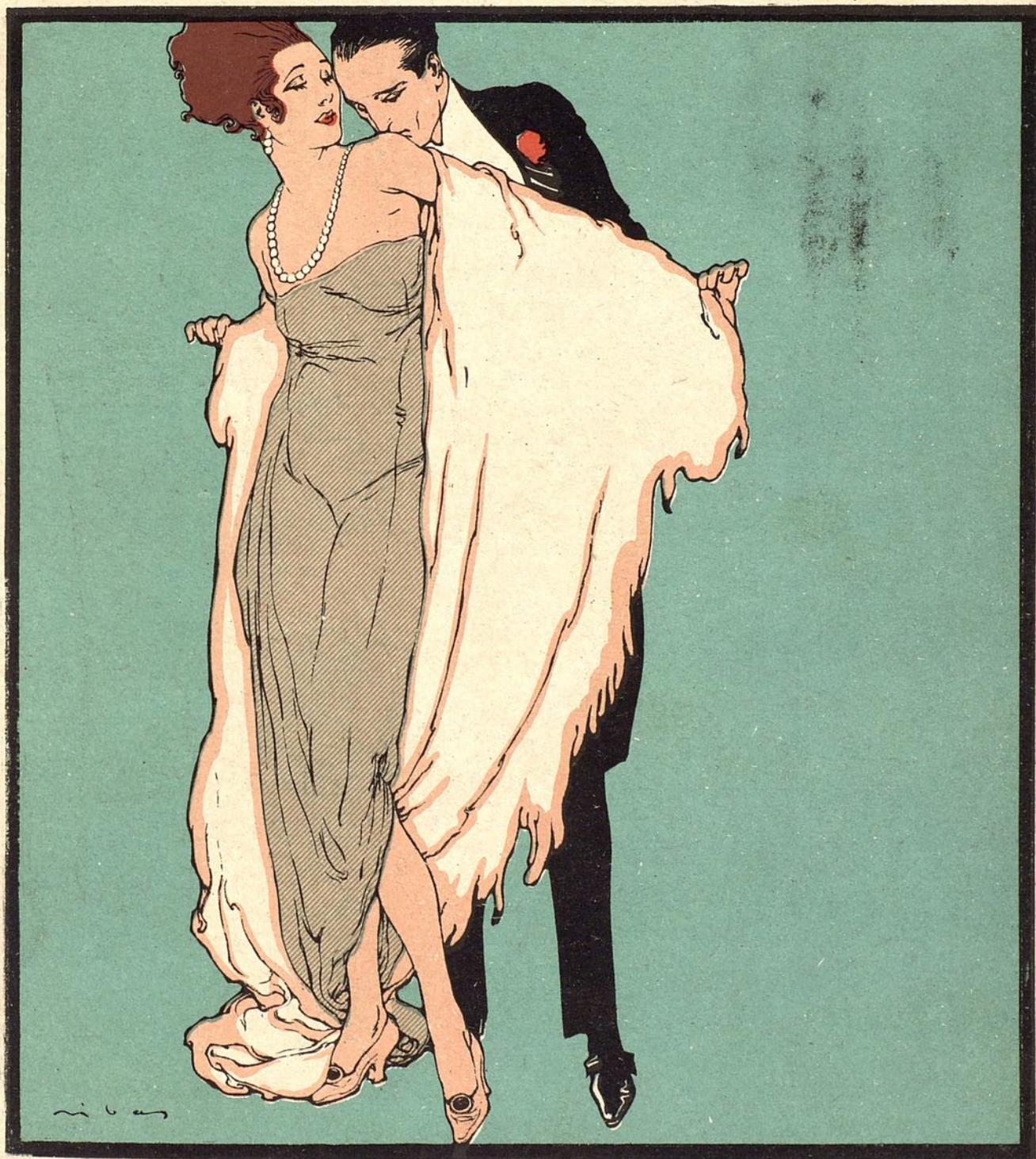


 **BUEN HUMOR** 

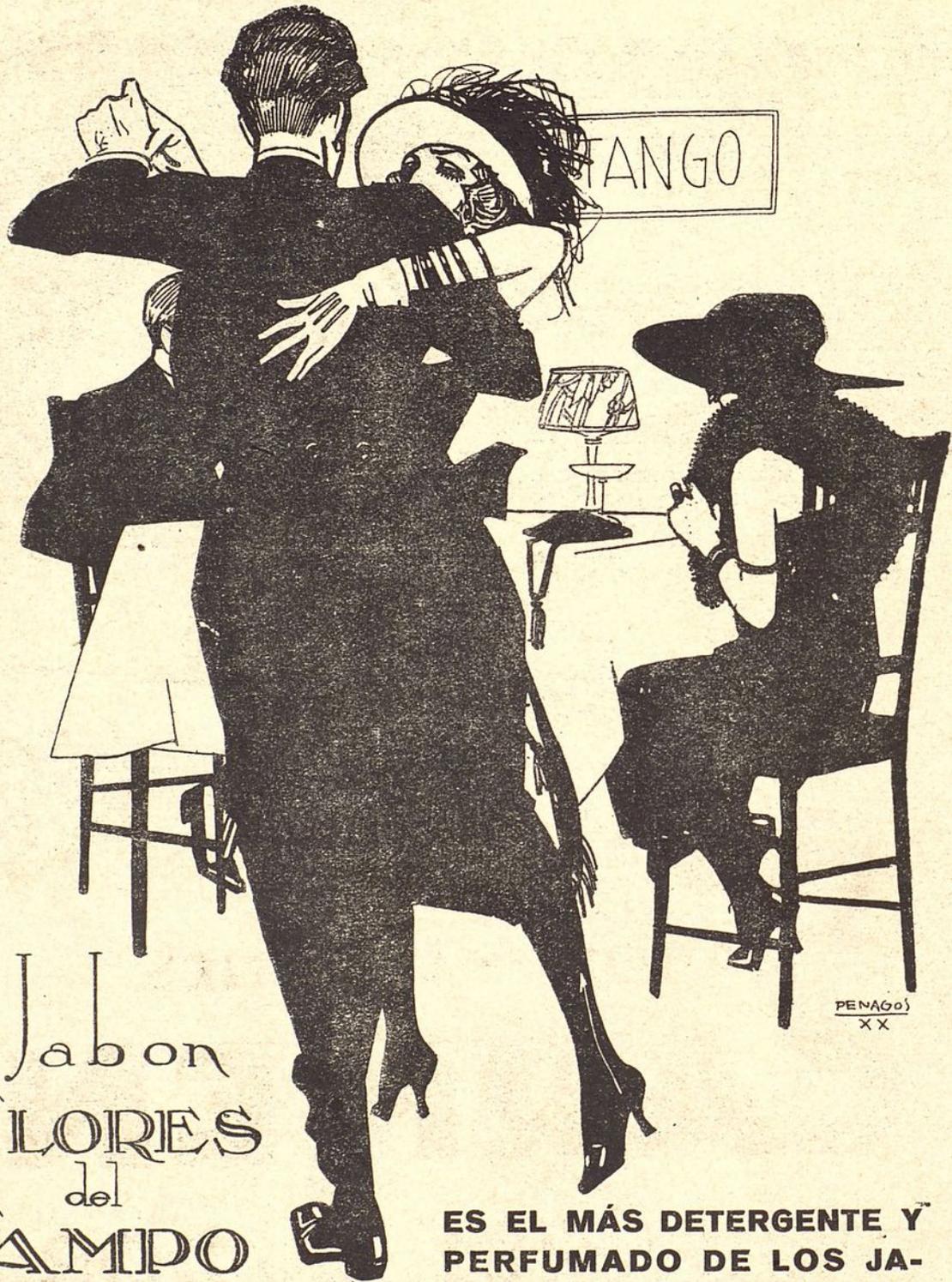


—¡Hombre! ¿En el hombro?

Ayuntamiento de Madrid



Dib. de RIBAS.



Jabon
FLORES
del
CAMPO



ES EL MÁS DETERGENTE Y
PERFUMADO DE LOS JA-
BONES DE TOCADOR :-:
FLORALIA * MADRID

ZERO



COLONIA

JABON Y LOCIONES

CARMEN

PERFUMES GUIDOR

PARIS

BARCELONA

Altisenty Co.

PELIGROS, 20
(Esquina á Caballero de Gracia)
MADRID
Teléfono 37-39 M.

Camisería
Ropa blanca fina
Equipos
para novia

ÚLTIMAS NOVEDADES



AGUA DE COLONIA — CONCENTRADA —

Sus condiciones higiénicas, su perfume fino, elegante y permanente, hacen sea la predilecta en los tocadores de buen gusto.
ÁLVAREZ GÓMEZ. — SEVILLA, 2
(ESQUINA A ARLABÁN)

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Empezará el primero de mes

Madrid:	Trimestre (13 números).	5,20	pesetas.
	Semestre (26 —).	10,40	—
	Año (52 —).	20	—
Provincias:	Trimestre (13 números).	6,50	—
	Semestre (26 —).	13	—

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ANGEL, 5
MADRID

Dirección telegráfica: RIDOCA
Code A B C, 5th edition.

Apartado de Correos núm. 88.
Teléfono núm. 15-11.

B. Hormaechea y Co.

NUEVA YORK

Representantes exclusivos en España
e importadores directos de

E. C. Atkins & Co.

Sierras y berbiqués de todas clases

Heller Brothers

Limas, martillos y cinceles

BILBAO: Eguía, 4.

Morse Twist Drill & Machine
Co., brocas para hierro y escariadores

Wiley & Russell Co.

Terrajas y machos para máquinas

BARCELONA: Valencia, 282.

Madrid, 1 de enero de 1922.

¡¡SOLO A ESPADAS!!



eso de las cinco empiezan a reunirse en el Casino los habituales del tresillo.

Los hay que entran en el salón con paso franco y decidido, prontos a formar partida, muy gustosos con todos y cada uno de los concurrentes. Los hay que vienen ya con el propósito de no hacer el cuarto, sino con personas de su especial simpatía, y no falta alguno que antes de entrar atisba cautelosamente desde el pasillo para ver si están los que él juzga que le convienen más para entregarse al noble juego. Generalmente, las simpatías van derechas a los que tienen la bondad de perder con más frecuencia...

Y lo más gracioso de estas pequeñas componendas es que siempre son los más acaudalados, los que tienen fama de mayor riqueza y los que vienen de hacer en Bolsa o en Banca unas diferencias de miles de pesetas, los que están más espantados por los diez durillos que suelen aventurarse en cada día.

¡Y es que no hay como los grandes para ser mezquinos!

Al fin se constituye la mesa. La de hoy la forman don Liborio, un señor muy simpático, que habla a gritos, echa las cartas a puñetazos, y cuando él no juega, coge las cartas del jugador, después las cartas del que va a la contra, después las de la baceta..., y después ya no coge nada, porque ya no hay nada que coger...

Es un señor que juega muy bien y que siempre tiene razón. Cuando se le acaban las

razones, apuesta mil pesetas a que la jugada debió ser como él la indica. Y como no se ha dado el caso de que nadie acepte la apuesta de las mil, ahora, indignado al contradecirle, apuesta dos mil. En el tresillo se juega diez duros. Y en apuestas no aceptadas, unos catorce millones diarios...

Las chancletadas de este apreciable y simpatiquísimo don Liborio son siempre chancletadas científicas, y cuando se equivoca tantas veces como cada hijo de vecino, sus equivocaciones son de exceso de ciencia tresillesca.

Se le gana muchas veces; pero, hasta la fecha, no se le convenció ninguna.

Otro punto. Don Celedonio. Este señor, también muy agradable y muy estimado personalmente, es el reverso de la medalla. Jamás toca las cartas ajenas, jamás se altera, jamás discute, y pierde o gana con una pasmosa tranquilidad. Claro está que le ha de gustar, como a todos, el ganar las jugadas — que en el tresillo, más que en el resultado final de la liquidación, casi siempre inapreciable, se pone el afán y el amor propio en llevarse las jugadas propias y en que se pierdan las contrarias —; pero nunca se ha visto en don Celedonio las demostraciones de violencia y de ira, tan frecuentes en la mayoría de los jugadores.

Si pierde, se encoge levemente de hombros, como diciéndose a sí mismo: «Paciencia, Celedonio...»

Si gana, se sonríe un poquito, como diciendo a los demás: «Ustedes perdonen una suerte tan escandalosa...»

Y sólo se ríe francamente cuando don Liborio le apuesta mil, dos mil, doscientas mil pesetas..., para demostrarle que se pudo haber ganado cinco tantos, que son dos reales en la partida.

Tercer punto. Don Artemio. Una gran persona, con barbas de sacerdote asirio. Aunque buena persona, es algo crédulo. Creo que cree en la Cierva...

Este punto tresillero, que juega muy correcto y muy formal, gustándole siempre llegar hasta la última baza para evitar discusiones y atropellos, es un frasco de nervios. Si ha de jugar, se estremece; si juega otro, se estremece, y se le ve el asombro en los ojos... «¿Es posible, fallarme



Dib. SILENO. — Madrid.

un rey?» Y si es él quien lo falla, se estremece también, como si se diera cuenta del acto horrible que está cometiendo; pero sin poderlo evitar..., por la formalidad del juego.

Cuarto punto. Don Fidel, persona por la que yo sólo tengo grandísimas simpatías. Es hombre tranquilo, calmoso y con la ventajilla de no oír una palabra. Oye con los ojos nada más, y guarda siempre el más impenetrable y discreto silencio de cuanto se habla en la mesa...

Por esta discreción le confían todos los secretos. ¡Gracias!

Al lado, y como mirón imperturbable,



EN CASA DEL ESCULTOR

— ¡Pero, hombre!... ¡Que siempre que vengo te he de encontrar haciendo el ganso!...

Dib. PEPE. — Ávila.

está un señor ingeniero, muy agradable y muy campechano; pero del que yo tengo la horrenda sospecha de que no conoce el juego... ¡Bueno!...; no se puede saber todo en este mundo...

Empezó la partida.

DON LIBORIO. — ¡¡¡Juego!!!

Dice «juego» con la misma voz detonante que diría «¡fuego!».

DON CELEDONIO. — Más...

DON LIBORIO (indignado). — ¡Más?

DON CELEDONIO (humildemente). —

Sí, un poquito más.

DON LIBORIO (después de vacilar, brinca). — ¡¡¡Más yo!!!

Don Celedonio sonríe y se conforma. Don Liborio da la vuelta y le sale un in-

decente tres de bastos, y don Celedonio aparta cinco cartas para ir a la contra.

DON LIBORIO. — A lo suyo, ¿verdad?

Don Celedonio sonríe y no contesta.

DON LIBORIO (insiste tonante). — ¡A lo suyo, claro!

Don Celedonio sonríe nuevamente; pero no responde. ¡Ya lo irá viendo!...

Se cae don Liborio, pone la puesta, y se la lleva luego don Fidel.

DON LIBORIO. — ¡Si estoy yo ahí, en el lugar de la contra, usted no se lleva esa jugada!

DON FIDEL (un poquito socarrón). — Es que si está usted ahí, yo no lo hubiera jugado...

DON LIBORIO. — ¿Se quiere usted apostar mil pesetas?

DON FIDEL. — ¿Mil pesetas? No. Menos de mil duros no apuesto jamás.

EL INGENIERO (aparte, a don Fidel). — Si van los mil duros me intereso con usted en veinte céntimos...

DON FIDEL. — Admito diez nada más.

DON LIBORIO (firme en lo suyo). — ¿Jugamos las mil pesetas?

DON ARTEMIO (estremeciéndose). — Juego un solo...

DON LIBORIO (que daba las cartas). — ¡A ver!

DON ARTEMIO (apretándolas para que no las profane con su mirada o no les haga mal de ojo). — ¡Luego, luego!

DON CELEDONIO (indiferente). — ¿A qué?

DON ARTEMIO. — ¡A espadas!

DON LIBORIO (brincando). — ¿A favor? ¡A ver, a ver!

DON ARTEMIO (defendiendo su tesoro). — ¡Luego, luego!...

DON LIBORIO (echándose sobre don Celedonio). — ¡A ver usted qué lleva, hombre!

Don Celedonio le enseña un modestísimo cuatro de espadas, y don Liborio se levanta para ir a ver las cartas de don Fidel. Desesperanzado de la contra, quiere ver la baceta... Un solo a espadas, y que se lo lleven así, de mogollón... ¡No, eso no puede ser! Si él estuviera allí, o le dejaran aconsejar..., o se le volatilizaran los triunfos al jugador...

Pero hay que resignarse a que se lleve la jugada.

Y a la mano siguiente a don Liborio le dan cartas magníficas, y el hombre, triunfante y gozoso, dice:

— ¡¡¡Solo a espadas!!!

Don Fidel, que no se ha enterado, según su costumbre, pregunta modosito:

— ¿A qué?, ¿a qué?

— ¡A espadas!

— ¿Solo?

— ¡Sí!

— ¡Pero un solo!

— ¡Uno..., y si me dejan, dos!

Don Fidel, un poco intranquilo por los dos solos seguidos, propone un arreglo amistoso...

— ¿Por qué no lo juega usted a bastos?

— ¡Porque es a espadas, caray!

Don Fidel, por si acaso los bastos no le agradan, propone entonces que lo juegue a oros. Pero don Liborio se empuera en que ha de ser a espadas.



— ¡Caramba, chico! ¡Qué elegante! ¿Quién te viste?

— ¡Yo!

Dib. SURIRÁN. — Barcelona.

Y es que yo he notado, hace ya tiempo, que a los jugadores de tresillo les da la manía por jugar solos a favor...

Y la verdad, cuando no soy yo quien los juego, los solos a favor son muy desagradables.

Menos cuando los otros los pierden...

Y esto — salvo alguna que otra blasfemia que se les suele escapar — es agradabilísimo.

Pero a mí tampoco me importa lo de las blasfemias. Para lo que yo he de oírlas..., ¡que las digan, que las digan!

Eso está demostrado que siempre alivia algo...

MANUEL LINARES RIVAS.



— Mira, ninchi, éstos son los que traen los juguetes para los zapatos.
— ¿Y quiénes traen los zapatos?

Dib. ECHEA. — Madrid.

Los usureros y otras gentecillas no tienen alma, porque...

Cuando Dios, en su saber divino, inmenso, profundo, pensó en crear este mundo, cuerpos y almas quiso hacer.

Separó la carne a un lado, las almas aparte puso, y, cuerdamente, dispuso (después de bien meditado)

en cada cuerpo incluir un alma — ¡dote preciosa! —, pues cuerpo sin alma es cosa que nunca pudo existir.

Trabajo tan excelente a este fin se reducía: hecho un cuerpo, en él metía el alma correspondiente.

Su labor al terminar, halló que almas le faltaban, y de carne aun le quedaban montones por colocar.

— ¿En qué esta carne emplearé?
¿A qué voy a dedicarla, si ya no puedo animarla, pues sin almas me quedé?

Y añadió, con santa calma, el sabio Dios: — Haré gentes que vivan indiferentes, sin corazón y sin alma.

Mas luego se arrepintió, por no juzgar acertado crear un ser desalmado; y la carne abandonó.

Pero el diablo, que no es tonto, viendo que Dios se ausentaba y que la carne dejaba, allí se plantó de pronto.

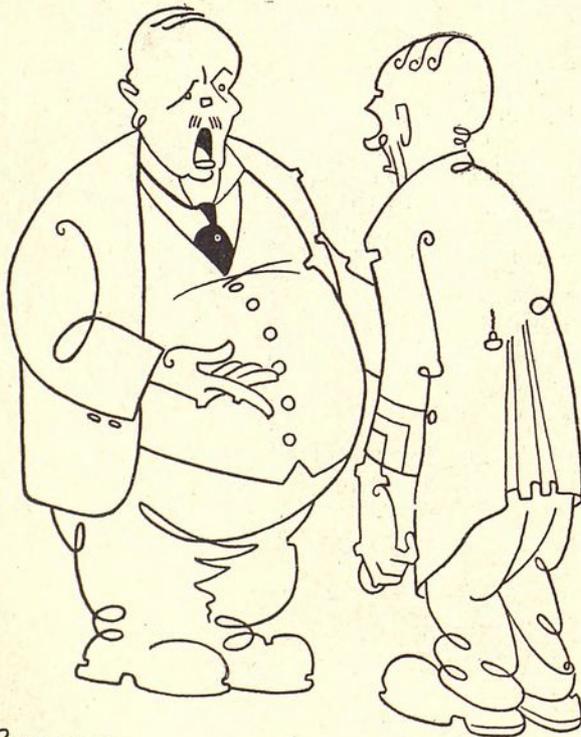
Y cogiendo del montón las piltrafas a puñados, hizo usureros taimados, del mundo entero baldón.

Hizo monarcas tiranos, jueces prevaricadores, avaros y dictadores, políticos inhumanos que al bien del país no atienden, porque el de ellos les incita, y con frescura inaudita gracias y honores pretenden.

De aquella carne salieron la ambición, la ingratitud, la calumnia a la virtud y la envidia al que aplaudieron.

Jamás nobles pueden ser tan inmundas gentecillas... ¡Formadas de piltrafillas, qué almas van a tener!...

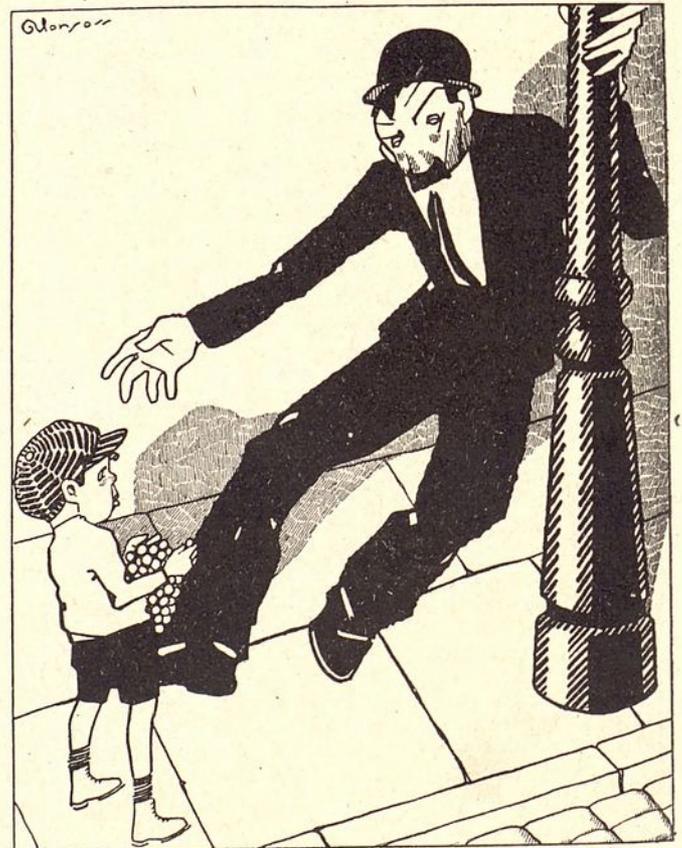
TOMÁS LUCEÑO.



Reyes

Dib. REYES. — Madrid.

EL JEFE DEL NEGOCIADO. — Pero ¿es posible que no haya venido aún ningún escribiente? ¡Estos malos empleados tendrán la pretensión, sin duda, de hacerme venir a mí todos los días a la oficina!...



A LAS DOCE DE LA NOCHE

Dib. ALONSO. — Madrid.

— ¡Eh, amigo! ¿Quiere usted coger una uva?
— Pero, idiota, ¿no ves que ya la he cogido?

¡LO QUE YO ME QUIERO!



Como da la casualidad de que me he visto nacer y no me he separado de mí desde pequeño, no lo puedo remediar, ¡me tengo un cariño loco!
 ¡Es natural! Después de tantos años de convivencia bajo el mismo techo y comiendo el mismo pan, he llegado a mirarme *como cosa mía*. Necesitaría tener un corazón más frío que las escaleras del Metro y un alma más atravesada que el canal de la Mancha, para mirarme con indiferencia; pero, afortunadamente, no es así, y todo lo que me concierne me interesa una barbaridad.

Si de mí dependiera, me hubiera colocado en la más alta posición social, y si estuviera en mi mano, ¡valiente palacio y menudo automóvil tendría yo a estas horas, que son las cinco menos cuarto! ¡Parece mentira, el cariño que se va uno tomando con el tiempo!

Y digo con el tiempo, porque buena diferencia va de lo que me quería yo de chico a lo que me quiero ahora.

En aquella época me veía hacer diabluras peligrosísimas y no me hacía ningún caso, o, si me lo hacía, me tenía sin cuidado el riesgo de romperme el alma.

Ahora, en cambio, hay que verme, en cuanto me doy cuenta del menor peligro, con qué solicitud atiendo a evitarle. ¿Que hace demasiado frío, o demasiado calor; que esta bebida es irritante, o que este plato es de difícil digestión? Pues en seguida me lo advierto, y a la menor tentación de exceso en los artículos de comer, beber y arder, ya estoy sobre mí, diciéndome: «¡Muchísimo ojo, que el diablo las carga!»

La época de mi vida en que me he dado más guerra ha sido la juventud, que quizás he prorrogado unos treinta años más de lo debido. ¡Me he dado cada disgusto!

Por un lado, una apatía y una pereza para todo lo serio y útil verdaderamente imperdonables. Demasiado comprendo que el hombre no siempre tiene ganas de trabajar, y hay años que no está uno para nada; pero yo tomaba el descanso por quinquenios, y eso no me lo he debido tolerar de ninguna manera; y yo me permito aconsejar a toda persona que se estime, que no se consienta lo que yo me he consentido.

Pero es lo que sucede: la confianza en el trato y el exceso de cariño le quitan a uno autoridad, y la mayor parte de las veces que he tratado de corregirme, me he mandado a paseo.

¿Y qué va uno a hacer en estos casos? ¡Vamos a ver! Pues lo que yo hacía: que al ver que mis sanos consejos me entraban por un oído y me salían por el otro, me hartaba de predicar en desierto, y acababa por decirme: «¡Bueno, hijo mío, haz lo que te dé la gana, y allá tú!»

¿Que he debido cuadrarme? Ya lo creo que he debido. Como que de casi todas las tonterías que he hecho en este mundo, que ahora que las veo juntas me parece increíble que haya tenido tiempo para hacer tantas, tengo yo la culpa por debilidad de carácter. Pero ¿por qué lo he de negar? Una de las cosas más difíciles para mí es llevarme la contraria.

He tenido mis discusiones conmigo mismo, sobre todo a *posteriori*, y hasta me he llegado a convencer de que había hecho mal en meterme en esto o en no haberme salido de aquello; pero me contestaba: «¡Y qué le vamos a hacer, si ya no tiene remedio! ¡Después de todo, para cuatro días que uno vive!»

¿Qué hacer entonces? O dejarme, o matarme; y, francamente, es mucho más difícil matarse de lo que parece a primera vista.

Pero todos los disgustos juntos que me he dado en esta vida no han amenguado un ápice este cariñazo que me tengo.

Y en honor de la verdad, debo reconocer que me he correspondido siempre con la misma ternura.

Ayer mismo, cuando estaba afeitándome, me contemplaba, y había en mis ojos una expresión de cariño tan sincero, que no pude menos de decirme:

— ¡Dios te dé muchos años de vida, porque si tú me faltaras... no sé lo que sería de mí!

CARLOS LUIS DE CUENCA.



Dib. BARBERO. — Madrid.

ELLA. — Lo que no me explico es tu manía de traer modelo. ¡Teniendo a tu mujercita, que te serviría con tanto gusto!

LA BARAJA DEL AMOR

(Epistolario cómicoamoroso.)

I



VERIDÍSIMA H...: Vergüenza me da escribirte; cuatro meses hace hoy que me casé, ¡cuatro meses!, y no he contestado a ninguna de tus cartas. ¿Me perdonas? Perdonada, ¿verdad?

Tengo tantas cosas que contarte, que no sé cómo comenzar.

Yo esperaba verte en Madrid; pero mi esposo está tan ocupado, que voy perdiendo la esperanza de ver a ese querido pueblo, a mi inolvidable Madrid, a mi Madrid de mi alma. No te puedes figurar lo aburrida que estoy, lo que me pesa haberme casado. No vayas a creer que Roberto es malo, no; al contrario, me parece demasiado bueno; pero no sé qué me pasa, que me aburro.

Tú sabes que fuimos a pasar la luna de miel en Barcelona. No olvidaré nunca los primeros ocho días de luna. Han sido los más felices de mi vida. Barcelona es una gran ciudad: tiene paseos preciosos, unas afueras divinas, un monte que le llaman el *Tivolidavo*, una montaña que le dicen *Enmonjuít*, desde la que se ve el mar, y muchos teatros, y muchos cines, y... muchas *cocotas*.

Lo hemos visto todo. ¡Con decirte que hemos estado en el *Edén Concert* y en el *Salón Pompeyal*... Para que te hagas una idea, te diré que he bailado hasta la *mandragorina*; ¿me habré divertido? Tú piensa lo que son ocho días comiendo cada día en un sitio distinto, y como postre obligado, manzanas; y por si esto fuera poco, viendo todos los espectáculos recién casada con un hombre mayor que yo y que al parecer la ha corrido de lo lindo. ¡Qué ocho días! Estaba loca de alegría y pesarosa de no haberme casado antes; pero, hijita, a los ocho días justos de estar en pleno idilio, se nubló el cielo de mi dicha, se ocultó la luna, y desde entonces estoy viendo las estrellas. Desde aquel día comenzó el cuarto menguante, muy menguante. Me explicaré: Roberto, que había obtenido un permiso, recibió una carta de su jefe político ordenándole que tomara posesión de la Secretaría del Gobierno civil de Cuenca. ¡De Cuenca! ¿Te enteras? Y de prisa y corriendo hicimos la ma-

leta, y ¡a Cuenca! Yo iba un poco disgustada, porque siempre que he oído hablar de Cuenca ha sido en broma, vamos, como si se tratara de un país imaginario. Razón tenía para estar disgustada.

Cuenca es más triste que un panteón de familia. ¡Cómo me aburro! Además, no conozco a nadie, no me trato con nadie; y por si todo esto fuera poco, mi esposo, mi queridísimo Roberto, es tan franco, tan a la pata llana, en la vida íntima, que he pensado seriamente en todo lo más malo, ¡hasta en el suicidio!

No te cases nunca, querida mía. El matrimonio incinera el amor. El matrimonio quita todas las ilusiones. Para odiar a un hombre, lo mejor es casarse.

Recordarás qué requeteguapo estaba mi Roberto con aquel chaquet gris perla, su flor en el ojal, su flexible y con unos botines de Ayalde... Pues si le vieras con unos calzoncillos de bayeta amarilla que se pone porque es reumático, te desmayabas.

Recordarás que tenía un pelo precioso. Si le vieras al despertarse, ¡está matador! La calva es imponente, y las melenas con que la cubre de día le nacen en mitad de la espina dorsal. Además, duerme hecho un ocho, y cuando no me da una patada,

ronca como un desesperado o se manifiesta con una elocuencia del 42.

Te digo, querida mía, que estoy desesperada. No te cases, no seas loca, que no sabes lo que vale la libertad.

Ayer me acordé mucho de ti. Figúrate que mi marido se sentó en una silla baja, y con la navaja de afeitar estuvo... ¡cor-tándose los callos! No te puedes imaginar figura más ridícula. Y aun hay más: en la mesa se limpia los labios con una miga de pan, ¡que luego se come!

¿Tengo o no tengo razón para estar rabiosa a todas horas?

¡Ay, hija mía! La vida conyugal es un tormento continuo. Además, por las noches vienen a casa unos señores amigos suyos y juegan al ajedrez. En mi vida pude pensar que hubiera un juego más antipático.

Cuando lo juegan, los amigotes de mi marido parecen cartujos, no despegan los labios. Al cabo de una hora oyes una voz que dice: «¡Rey!» Y contesta otra: «¡Reina!» Lo que te digo: que es como para tomar cerillas.

¡Adiós, querida mía! En mi próxima te contaré otras muchas cosas, y cuando nos veamos te explicaré lo que tú quieres saber, lo que nos preocupaba, lo que nos intrigaba tanto. No me atrevo a comunicártelas por carta; pero te adelantaré que no es lo que nosotras nos figurábamos.

Puedo asegurarte que lo mismo Felipe Trigo que Insúa que Zamacois exageran mucho, o tienen una fantasía de la que carece mi Roberto.

De mí sé decirte que si hubiera sabido lo que me esperaba, continuo soltera. Ahora me explico por qué hay tantas esposas...

Con la fama que tenía Roberto cuando me pretendía, llegué a creerme que me casaba con don Juan Tenorio. ¡Infeliz de mí! ¡Don Juan Tenorio! ¡Pobre Roberto!... El casto José comparado con él es don Jaime el Conquistador. Con decirte que hace una semana... ¡Adiós, nenita! Deseo verte.

Mientras llega el día en que te abraza, compadece a tu amiga y condiscípula, que te quiere,

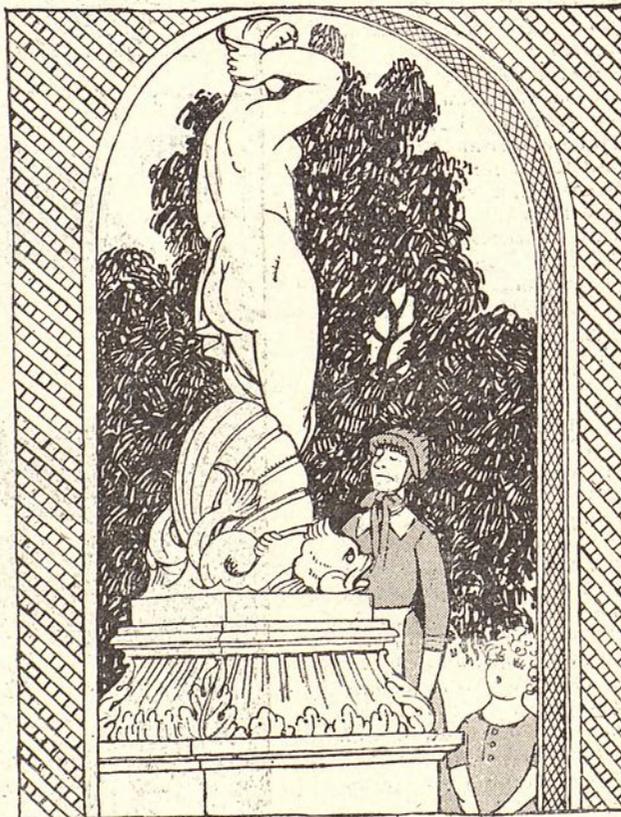
.....

No dejes de enviarme lana del *Angelus* y *La Moda Ilustrada*. Ya que no me distraigo, haré unos gorritos para mis muñecas.

Por la goma y las tijeras,
que no saben firmar,

ÁNGEL TORRES DEL ÁLAMO

ANTONIO ASENJO



LAS ESTATUAS

Dib. APA. — Barcelona.

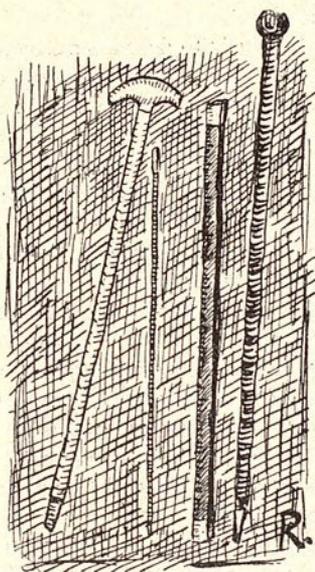
—Y ésta, ¿qué descubrió?

—Bien claro está; pero no puede decirse.

LOS BASTONES

ANTE los percheros sucesivos del coleccionista de bastones, se queda el visitante turulato y teme a ese hombre inofensivo que parece que puede dar una paliza valiéndose de todos sus bastones a la vez.

No sé qué tiene de sucio y filipindon-



go el coleccionismo de bastones. Cogen atrozmente el polvo en sus estanterías, colocados sobre las cien puntas de cuerno de ciervo que les sirven de sostenes.

— Veinticuatro nudos, todos iguales — dice el coleccionista enseñando un *palasán* magnífico.

— Madera de sicomoro verde — dice mostrando otro bastón.

— Madera del árbol del Paraíso — dice enseñando otra barra exquisita, como si fuese de dulce.

El coleccionista tiene bastones que parecen palos de escoba, con ese repulido tono que toman los palos de escoba cuando se ha barrido mucho con ellos; bastones que parecen largas barras de tinta china; bastones robados por el hombre pesado, que es el coleccionista, al *dandy* delicado y ágil. ¡Si los viese en su poder!... El coleccionista tiene la casa llena de palos, y en los pasillos se amon-

tonan los percheros. Parece que una multitud de amigos de todas las castas se congrega en las habitaciones interiores, y han dejado sus bastones en los estantes. «Muchos retirados debe de haber», se piensa.

Los bastones de muletilla recuerdan las medio cojeras reumáticas que padece gran parte de la Humanidad; y todos, en general, parecen la muletilla colgada en los altares de un Lourdes clínico, como si el coleccionista fuese un doctor eficaz para las cojeras.

— Vea éste en marfil; pero mucho cuidado — dice el coleccionista enseñando una de las joyas de su colección.

— Pero ¿es posible que haya habido un colmillo de elefante tan largo? — pregunta el visitante.

— Sí... Ya lo creo... En el templo de Salomón había columnas de marfil — dice el bárbaro coleccionista, y así acalla al bárbaro visitante, que no comprende aún lo del colmillo, y que piensa que, por lo menos, debería estar torcido el bastón, a no ser que lo hayan enderezado a máquina.

El coleccionista, abrumado bajo sus bastones, suele ser un señor sucio, maniático, de chaleco lleno de manchas. A la hora de salir a paseo, generalmente al Prado, es cuando le atosiga más su coleccionismo. Está un largo rato sin saber qué bastón sacar, y ya coge uno, como lo suelta, y ya sale a la escalera, cuando vuelve a entrar y descambia su bastón, volviendo muchas veces del portal o de la esquina para sacar el otro bastón que le ha enternecido.

¡Pobres coleccionistas de bastones! Más interesantes que ellos son esos hombres enriquecidos que llevan un bastón que fué el inseparable vástago de la herramienta que manejaron en la más dura etapa de su vida.

Yo he conocido varios de estos bastones, en que se disimulaba la *mancera* de su trabajo cuando soportaron la esclavitud primera, pero inolvidable. Recuerdo a aquel señor que llevaba siempre,

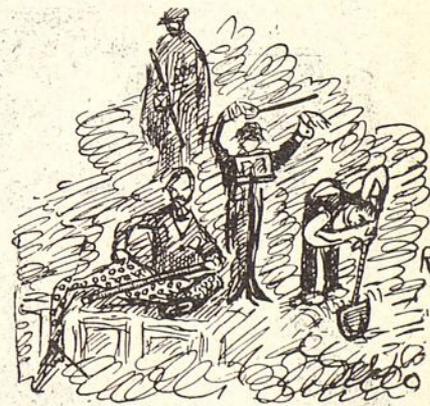
con una contera y un puño de oro, el *metro* que le había servido de compañero en sus largas horas de horterismo, mientras preparaba su fortuna. ¡Cómo acariciaba aquel bastón recuadrado, grueso, el bastón retacol!...

También recuerdo al antiguo sereno, al fin rico y retirado, que llevaba su chuzo convertido en elegante *maquila*, que movía con paso de ganso, con elegante aire, por los paseos de los convalecientes y de los rentistas.

El palo de una pala, una batuta, el duro mástil de un azadón, etc., etc., los he visto convertidos en disimulados bastones de los que al fin hicieron fortuna y quisieron usar para el paseo tranquilo el mismo compañero de sus fatigas, cuando era pesado leño el alegre y pizpireto bastón de hoy.

¡Qué duras, aunque conmovedoras vueltas del trabajo, con el bastón al hombro, los del hombre de la pala y del azadón!

Esa constancia de estos hombres que conservan el recuerdo de su pasado, sin apartarse de su entrañable bastón, es



lo que más me conmueve al pensar en los bastones, aunque esos bastones son bastones terribles en la refriega, y en los teatros son los que determinan el fracaso de una obra si no le hace gracia al antiguo sereno o al antiguo cavador.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA.

(Ilustraciones del escritor.)

aprendiz de tenor —: es muy pillo cantando; pero... nada más. Aquí, en Madrid, no gustará.

Con la cabeza un poco loca, me refugio en el pasillo de plateas para reflexionar. Inseguro..., da gallos..., no tiene agudos..., carece de media voz..., ha perdido facultades..., no es más que un pillo que sabe solfeo... ¡Pues eso no es un tenor! ¡Es una birria!

Si no fuera porque cobra diez mil pesetas por noche, yo diría que Hipólito Lázaro, más que un cantante, es un alumno atrasado de la Escuela de Sordomudos. Y que me perdonen los alumnos.

Que me perdonen también mis informadores; pero no creo una palabra de cuanto me han dicho. ¡Sé cómo las gasta la gente opinando!... Cuando estas líneas se publiquen, puede que haya debutado ya el famoso artista: le oiré — *Deo volente* —, y te contaré, lector, lo ocurrido. Y ya verás cómo no te engaño. ¡Con lo que yo te quiero!...

Ahora me vuelvo a la sala. Mi puesto está allí: hacen *Los maestros cantores*, y, hasta ahora, es la mejor entrada de la temporada.

¿Que quién hay en palcos y butacas? Casi nadie! Todo Madrid, desde la glorieta de Atocha para acá... En aquella platea de la derecha está la duquesa de Pomerania, con Lulú, la mayor de sus diez y ocho hijas solteras, que no se casan ni a oscuras.

— Es tradición de la familia: la abuela tampoco se casó nunca — musita en mi oído Pepe Lamorena.

— ¿Qué dices, hombre?

— No, nada; son recuerdos...

— ¿Quién es aquella rubia de la diadema de perlas, que está junto al palco regio?

— Es una Scumpurdís: Solita Scumpurdís. El que está detrás es su marido; pero no se hablan.

— Aquella de la izquierda es la marquesa de Valdelatas; está con la condesa de Memoriales y la señora de Rodríguez Trapero.

— Mira qué bonito traje malva y oro lleva la baronesa de Tabor.

— ¡Ah! Sí; la viste Botín. Es una mujer de mucho gusto.

También están, lector, las duquesas de Gonzalo de Córdoba, Casa-Simón y Orbaneja; las marquesas de Feldespato, Valdívieso, Romanzuela, Puerto Prin-

cipe, Soria y Gómez Sifón; las condesas de Alcázar y de Valdepeñas, y las señoras y señoritas de...

— Sí, sí, las de siempre; no me coloques la lista, que no juego en este sorteo.

— Oye, ¿y aquel matrimonio que está siempre solo en aquella platea?

— Los de Vargas Cornejo.

— Ella es muy guapa.

— Sí; y él me debe a mí cinco duros. Pero no lo digas.

De pronto mi amigo nota que se me demuda el semblante, que me quedo parado en el centro del pasillo de butacas, y que se me abre la boca como si fuera a tomar la emulsión.

— ¿Qué te pasa?

Tardo un rato en contestar. Al fin le digo:

— ¿Quién es esa divinidad?

Y le señalo a una muchacha que ocupa el número ocho de la fila sexta: es muy blanca, con un pelo que parece una madeja de seda negra, con unos ojos que son dos carbones y con una boca roja que parece una amapola pequeña. Viste con sencillez elegante y es la más modosa de todo el teatro: no mira a nadie.

— Sí, hombre — me dice mi amigo —; ¿no la conoces? Es la...

Y me dice al oído un mote.

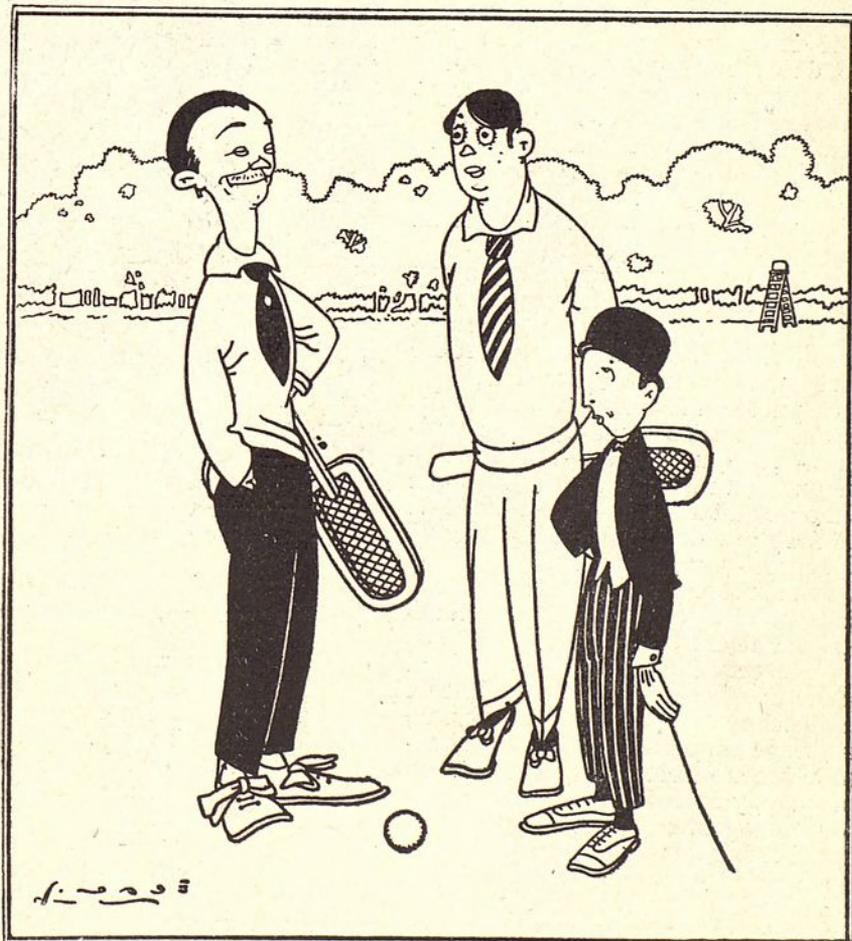
— Pero no se te vaya a ocurrir apuntar su nombre.

— ¿Por qué?

— Porque a... cierta clase de personas no se las cita nunca en las crónicas de sociedad.

— ¡¡Qué lástima!!

JOAQUÍN BELDA.



ENTRE TENORIOS

Dib. LINAGE. — Madrid.

— ¡Chicos, me quería presentar a su marido como sobrinito suyo:
— ¡Valiente tía!...

UN HOMBRE DE BUEN HUMOR



INDALECIO de las Tabernillas, *née* González Gorgojo, es el obligado en todas las cuchipandas de tres pesetas con postres, porque es un hombre de buen humor!

Él hace desaparecer una carta, tragándose hasta el sobre, sin dejar rastro; él se baila un *agarrao* argentino que ni las Corio; y él, en definitiva, es el hombre que bebe el vino con más gracia. «¡Hay que verle, con qué elegancia escancia una arroba de Valdepeñas sin paja, vamos al decir», comenta la *señá* Isidora, dándole a la oración todo el valor gramatical y sintáctico que tiene, para convencer a su marido que la lleve a la juerga.

Pues bien: con estos antecedentes, ¿qué extraño es que el señor Fulgencio de la Barriguilla y su consorte, Exuperia Pocaagua, quisieran llevarse a una merendola en Amanuel al Indalecio? Porque es lo que *esculpia* la *señá* Exuperia:

— El señor Tabernillas es como si dijéramos el *Petrolio* de la elegancia en cuestiones anfitriónicas.

Propuesto y aceptado, allá fueron un día del mes de septiembre, algo caluroso, pero alegre, a festejar el trigésimo aniversario de la boda del señor Fulgencio con la *señá* Exuperia.

Se pusieron las viandas en el suelo, que es lo castizo — palabras de Gorgojo —, lo que le costó a la *señá* Pocaagua una reyerta con el corsé, que hubo de quitarse y dejarlo colgado de un árbol; se destapó la bota, y aquí, el señor Tabernillas se lució: de un trago, sin tomar aliento, se bebió casi la bota del vino néctar, como decía el señor Fulgencio.

La alegría llegó al colmo cuando el señor Indalecio se metió medio kilo de escabeche con una rebanada de pan, que tragó sin producirse el más pequeño trastorno laríngeo; y así, de trago en trago, y de sorbo en sorbo, llegó la hora del *agarrao manubriesco*.

Allí había que hacer lo que el señor Indalecio hiciera, que era el *leader* de lo moderno; y agarrándose a la *señá* Exuperia, empezó a balancearla y darla brinQUITOS polichinescos, que era una monada. Ya la echaba para atrás, colocándola en difícil situación a la obesa dama, ya la pisaba el juanete derecho, porque ella no había coloca-



LA SUPERSTICIÓN DE LAS DOCE UVAS

— ¡Tengo un miedo de no poder pasar de las dos!... ¡Los años quitan agilidad, mujercita!

do bien el pie para marcar el paso de balanceo; y todos a una se ejercitaban en el *fostrrote canibalesco*, baile de la absoluta marca Indalecio Tabernillas.

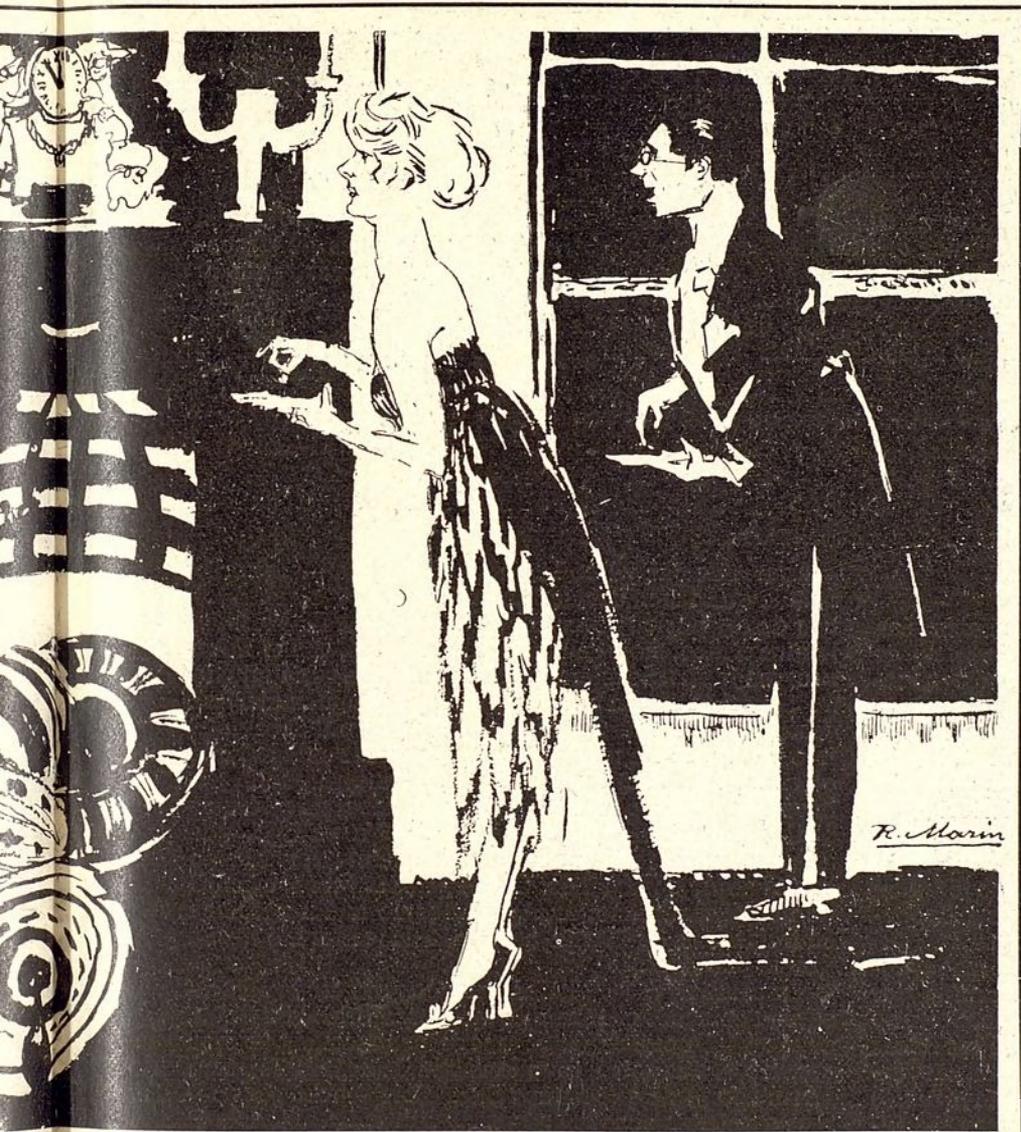
Al final había que darse un mordisco en el cogote, sin mirar para el suelo; aquí fué Troya: la *señá* Exuperia no alcanzaba al morrillo del Indalecio; éste, por su parte, se aprovechaba de lo difícil de la situación para morder a su antojo; el señor Fulgencio, al ver a su Pocaagua con el dogal al cuello, mordió con tal furia a la *señá* Isidora — en aquel momento histórico su pareja —, que por poco le sirven en filetes la nuca de la interfecta; y el ma-

rido de la Isidora, que no estaba al tanto de los *fostrotes*, se lió a pasodoble de estacazos con el señor Fulgencio, y lo dejó en el suelo tumbado y casi sin sentido, mientras el señor Indalecio preludiva *Las Corsarias*, sacándose del bolsillo interior un pañuelo rojo que asustaba. En tanto, el organillo tocaba un *tueste* que, vamos, que ni el torrefacto La Estrella.

— ¡Y que esto se desperdicie por una nada! — decía el señor Indalecio.

Intervino para apaciguar un vendedor de chufas, intervino el amo del merendero próximo, e intervinieron los guardias, llamándoles al orden de

manera
tivo se
señor
que na
orden;
hasta o
rrier e
como
rato, y
conduc
cia. Al
las rop
pector
— ¿E
la Legi
Y el



Dib. MARÍN. — Madrid.

agilidad, mujercita mía!

manera poco ordenada. Con este motivo se caldearon los ánimos, por si el señor Indalecio era muy castizo para que nadie le llamara al orden con desorden; se golpearon desde los guardias hasta dos perros, *lulú* el uno, y *fosterrier* el otro, que lo hacían tan bien como los hombres, y al cabo de un rato, y no sin gran esfuerzo, fueron conducidos a la Delegación de Vigilancia. Al verlos a todos vendados y con las ropas destrozadas, les dijo un inspector de buen humor:

— ¿Pero que es éso: son ustedes de la Legión extranjera?

Y el señor Indalecio, ahuecando la

voz por mor de una muela que se le bialaba, le contestó:

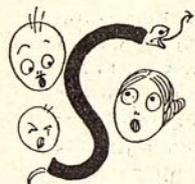
— ¿Esto? ¡Casi na! ¡Gente de buen humor que venimos de una juerga súper, porque donde usted me ve, soy el tío de *mejor herpético* del mundo, y estos que me acompañan se han tirao de risa y se han lesionao! ¡Buenos golpes que tie uno! Donde yo voy, las *tres-báculos*, vamos, el descuajarse de risa. ¡Na, que soy un tío de buen humor!...

— Y que lo diga usted, señor Tabernillas — repetía el señor Fulgencio, echándose mano a los molares.

JUAN GÓMEZ RENOVALES.

== EL HOMBRE QUE PICABA LOS PUROS ==

(Cuento.)



Se murió mi vecino, aquel viejecito que vivía en el cuarto de al lado, y que, al andar, arrastraba un poco la pierna derecha, que parecía quedársele rezagada.

Aquel hombre no tenía más oficio ni más ocupación conocida que picar, con su cuchillito de mango de hueso, dos o tres puros que compraba a diario en el estanco de la esquina. Envolvía después la picadura en un papel, y se la fumaba.

Esto al principio — años haría — debió ser una necesidad. Sin duda alguna, este hombre, fumador acérrimo, debió picar unos puros un día que careciese de cigarrillos. Le agradó la tarea, y se dedicó a ella por entero.

Con el tiempo este pobre viejo convirtió su costumbre en una monomanía. Se pasaba las horas muertas picando puros con su cuchillo de mango de hueso.

Picaba ya más de lo necesario para su consumo, y reunía la picadura en unos grandes montones, que nos mostraba orgulloso.

Y se murió de la noche a la mañana.

Una muerte repentina, senil. Murió «de viejo». Le dieron unos golpes de tos y unos ahogos y se quedó yerto.

Yo, con otros vecinos, le asistí en sus últimos instantes. Entre golpes de tos, se cogió de mi brazo y me dijo:

— ¡Amigo mío, yo me voy a morir!

— ¡No, hombre, no!

— ¡Sí, sí; me voy a morir!

Carraspeó angustiosamente.

— ¡Sí!... Y no me asusta la muerte, no. Lo que pienso es en las horas inactivas, lentas, que he de pasar inmóvil... Yo le pido a usted que me ponga cuatro o cinco...

Se llevó las manos a la garganta

— ¡Ay!... Cuatro o cinco..., sí., cuatro o cinco puros... puros de a quince..., o de a real..., de los que haya... Cuatro o cinco nada más... ¿Sabe usted?... Es para no aburrirme...

Y volvió a sentir una dolorosa asfixia.

Nos miramos unos a otros y miramos al moribundo. ¡Pobre hombre! ¡Deliraba ya!...

Pero cuando se murió, después de

ponerle su traje negro y su corbata azul celeste, convinimos en ponerle unos puros en un rincón del ataúd.

Y con los puros le enterraron en el cementerio.

Dos noches después trabajaba yo en mi casa. Dieron las doce. A poco sonaron unos pasos en la escalera. Esto no me extrañó, porque se oían pasos de los vecinos que subían a sus casas. Pero aquellos pasos se detuvieron en mi descansillo. Después oí cómo introducían

una llave en la puerta del cuarto de mi vecino.

Me levanté y abrí mi puerta. Mi difunto vecino estaba allí, empujando la suya. Estaba bastante desmejorado

— ¿Cómo usted a estas horas, señor vecino?

— Ya ve usted...

— Créame que no le esperaba.

— Tampoco yo esperaba que fuesen ustedes tan estúpidos.

Había un noble gesto de ofendido en sus cejas fruncidas.

— ¡Claro! — continuó —. Es verdad que ustedes me pusieron los puros...; pero no pusieron el cuchillo. Y sin el cuchillo, cómo iba a picar los puros.

— ¡Ah!...

— Así es que he venido por el cuchillo.

Entró en su casa y volvió con el instrumento, y después de despedirse de mí se alejó, arrastrando la pierna derecha, que parecía quedarle rezagada...

JOSÉ LÓPEZ RUBIO.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

ESTRENOS

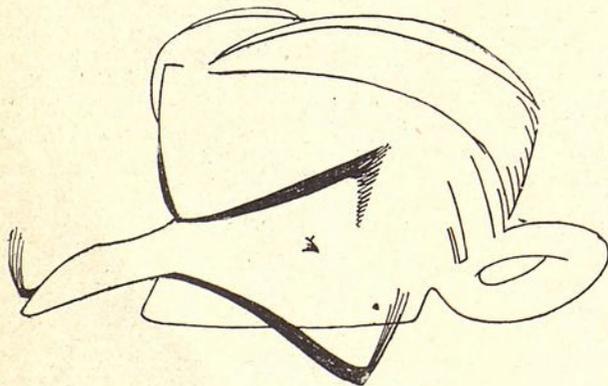


UANDO el feliz lector tenga a bien acariciar con su mirada las líneas presentes, es casi seguro que nada valioso de producciones teatrales le haya sido presentado para su regocijo durante las Pascuas. No tenemos noticias tampoco de estrenos próximos que amenacen la vida de nadie.

Bien es verdad que con anterioridad a la Nochebuena hubo cosas de teatros capaces de regocijar a unas castañuelas.

Lo que se estrenó en aquellos días fué un dramón en Fuencarral, una obra de arte en la Princesa, *La farsa*, y *Es mi hombre*, de Arniches, en la Comedia.

El drama de Fuencarral, aunque nos esté mal el decirlo, era fruto de ese periodista grueso que anda por ahí con un gabán de pieles y que se llama Serrano Anguita, y era fruto también del que escribe las líneas presentes. Claro es que, tratándose de uno mismo, sería la mayor «primada» no aprovechar las favorables condiciones que se presentan para proclamar las inmejorables condiciones del «monumento» literario. Crean ustedes que *En el llano* es una cosa muy seria en todos los sentidos: en cantidad y en calidad.



Muñoz Seca, autor de *La farsa*.

Aparte de que ya no la ponen en escena — pequeño detalle que deben ustedes no apreciar —, y olvidándonos de los juicios severos que D. Enrique de Mesa, el ilustre crítico, nos dedicó a los autores, *En el llano* ocurren las cosas más espeluznantes, que sería injusto no elogiar; por ejemplo: dejan ciega a una mujer, se desafían varios hombres, se aburre el público en el tercer acto, se ríe mucho la gente en unas escenas que quisimos fuesen muy dramáticas, afirman algunos críticos que aparece la Fatalidad, y, al cabo, un padre se dedica al deporte cinegético y «cobra» a su hijo, que a la vez se dedicaba poco menos que al arte taurino con el autor de sus días. Como ustedes verán, la cosa no tiene desperdicio: es algo así como una hecatombe en tres actos que quita casi toda la cabeza. Fué un drama «de reír».

En cambio, el Sr. Muñoz Seca estrenó en la Princesa una comedia cómica que hizo «de llorar». *La farsa*, cuyo es el nombre de la nueva producción, si bien aburrió al auditorio, tuvo la virtud de acabar con otra farsa: con la de que Muñoz Seca tiene gracia. ¿Les parece a ustedes poco?

Don Carlos Arniches dió al público de Pascuas su obra *Es mi hombre*. Ahí, sí; en *Es mi hombre* se ríe la gente todo lo que quiere. Los artistas hacen horrores, y el autor, mucho más. En la obra de la Comedia no se vacila, no hay un titubeo. Si es preciso, los artistas llegan a hacerle cosquillas al espectador recalcitrante: sale un cabezota — y algunos más —, hay piruetas, se aprovecha todo. El que se resiste es un enfermo o un «pelmazo». Nos han dicho — y no nos atrevemos a creerlo — que algunos amigos officiosos de la empresa andan buscando a los que no dan muestras de regocijo, para ofrecerles convites y algún dinero a cambio de varias carcajadas sonoras. ¡Y, naturalmente, sea quien sea, todos acaban por reírse!

A pesar de cuanto queda dicho, el público opta por quedarse en casa y no ir a los teatros...

¡Injusticias que hay, amabilísimo lector!

Y con esto, y con felicitarte de nuevo las Pascuas, quedamos tan contentos y tan amigos, hasta la próxima.

JOSÉ L. MAYRAL.

VARIAS NOTICIAS

Don R. F. Torres ha escrito, en colaboración con D. E. M., una obra que se llama *Rata de hotel* y que se representa en el teatro Rey Alfonso.

Don R. F. Torres es un autor aristocrático, duque, escultor, médico, abogado, ganadero, barítono y cien cosas más. A pesar de todo ello, nuestra sinceridad nos obliga a dar un consejo a los lectores:

No vean comedias de ese autor, no compren sus esculturas, no se dejen recetar por él, no quieran su defensa ante los tribunales, no le oigan dar gritos.

Salúdenlo como duque, hombre de mundo, cariñoso y simpático, y vean corridas donde se lidien sus reses bravas...

De ahí en adelante, ni un paso...



Amorosas es una cosa sicalíptica y muy vistosa que hacen en el Reina Victoria. Salen las tiples casi des-



Señor Arniches, Srta. Redondo y Sres. León y Tordesillas, autor e intérpretes de la comedia *Mi hombre*.



La gentil *Musidora*.

Caricaturas de Sirio.

vestidas del todo y «amorosas» hasta la antropofagia.

¡Nuestras respetables y caducas madres! ¡¡Qué mujeres las del Reina Victoria!... ¡¡¡Y uno haciendo el primo!!!...



¿Es cierto que dentro de poco representará una gran actriz ingenua la obra de Martínez Sierra *Canción de cuna*?



Con motivo de los Inocentes, las empresas han hecho su verdadero agosto. Claro es que *los inocentes* han resultado los pobres espectadores, como ocurre siempre. ¡Hay que ver la serie de *productos explosivos* que los autores de ocasión se han servido *servir* a la gente! Esos *niños del trimestre* procuraron por todos los medios posibles que el público les decapitase durante los estrenos. Y el público tuvo consideraciones; pero el mejor día va a venir la *herodiada*. No va a quedar títere con cabeza.

¡Y ustedes perdonen lo de *títere*, que no es alusión directa a nadie!

Aunque hay muchos que, conociéndose, se darán por aludidos.

EL SALTIMBANQUI

HUMORISTAS CONTEMPORÁNEOS

CARLOS DANA GIBSON



DURANTE treinta y cinco años Carlos Dana Gibson es el dibujante favorito y representativo de Norteamérica. Desde las páginas de la *Life* neoyorquina — que dirige ahora y en las cuales empezara a dibujar en 1883 —, desde sus ilustraciones de los primeros *magazines* y sus álbumes editados por Russel, viene influyendo en la vida y en el arte con una absorción constante. Disfruta de una popularidad sin precedentes ni competencias posteriores.

«Preguntad — dice Bernardo G. Barros en su documentada y sagaz obra *La Caricatura Contemporánea* — a la muchacha que trabaja en una tienda o a la que teclea durante el día en la Smith Premier, la Underwood o la Sun, quién es Gibson. Preguntadlo también a la que frecuenta las reuniones aristocráticas y sueña con los versos de Bliss Carman en la terraza de algún *cottage* de verano. Interrogad a los muchachos de última moda y a los propietarios de los palacios del Hudson River. Oíd a los lec-

tores del *Life* o del *Cosmopolitan*. Unos y otros contestarán que conocen al popular dibujante. Todos tienen un *Gibson Book* o un simple dibujo, que ha merecido los honores de un marco. Y todos, absolutamente todos, pensarán que Gibson es superior, precisamente por eso: porque ve la vida como ellos y la expresa como ellos la expresarían también.»

El secreto de esa popularidad está, más que en la asimilación temperamental de su público, en el desenfado simpático de sus líneas. Es una línea fácil, rítmica y distinguida. Aprendida en los ingleses, ha ido adquiriendo un americanismo netamente *gibsoniano*.

Porque el triunfo de Dana Gibson es de tal manera sólido, que consiente la adjetivación en los modelos vivos y en los dibujos ajenos. Ha dado una silueta a la mujer yanqui y un procedimiento a sus compañeros de arte. De este modo, en las calles, en los paseos, en las fiestas, se ven mujercitas tipo Gibson, y en las revistas de novelería o de sátira hay que buscar muchas veces ese trazo de látigo que tiene la firma de Gibson, para no confundirle del todo con sus imitadores.

La *Gibson girl* enlaza las juventudes de fin del siglo XIX con las de principios del XX. Es un tipo de muchacha rubia y

seria, con la boca de fruto maduro, los ojos soñadores, la nariz un poco respingona, y altiva la total expresión del rostro. La copiaron las jovencitas coetáneas de *The Education of Mr. Pipp* y *The Americans* — las primeras series de dibujos costumbristas de Gibson —, y las siguen consultando como espejos las jovencitas que hoy ven, en las planas centrales de *Life*, a las rubias casaderas de ayer, blancas madres de otras rubias aficionadas a los deportes, las novelas sentimentales y las películas de serie.

Hubo la moda de los *Gibson Collars* hace veinte años, y mientras se deja a las damas de la galantería y a las excéntricas millonarias el contagio de la *Vogue* o del *Vanity Fair*, las burguesitas de buen tono continúan fieles al ejemplo gibsoniano.

Y Gibson tiene un gesto amable, condescendiente, de don Juan abuelo, que recibe, como el campoamorino de la dolora famosa, los besos de las hijas cuyas bocas tienen la misma frutal tentación que tuvieron las de sus mamás.



En torno de la *Gibson girl* mueve el artista las figuras complementarias



EL MIRÓN

de su vida acil y sonriente. Hombres maduros que especulan en grandes empresas industriales, muchachos fuertes e ingenuos, viejas fulgurantes de joyas, viejos pulcros, con la perilla del Tío Sam, voluntarios de la guerra de Cuba o de la guerra de Europa más reciente.

La misma sencillez técnica de su línea resplandece en sus leyendas. Son éstas las que dan un sabor delicadamente humorístico a su arte. Sin ellas, los dibujos de Dana Gibson no pasarían de ser comentarios gráficos, glosas a la literatura sentimental de Stephen French Witman o de Nabel Herbert Urner. Con ellas se agudiza de cierta ironía esa sentimentalidad intranscendente.

Cupido es un personaje favorito de Gibson. Un Cupido sin flechas y sin vendas, que sabe lo que se hace y que procura no hacer daño.

Es un rapaz alegre, picaresco; desnudo, como esos Niños Jesús que ruborizan a las monjitas de España cuando les cambian la camisa de encaje. Tiene, además de su gracioso detalle impúdico, unas alas menudas, que no le consentirían volar si quisiera. Por esto a veces se aburre, como en cierto dibujo donde unos esposos celebran, solitarios y encanecidos, sus bodas de plata. Le divierte contemplar las muchachas y los galanes en los bailes y en las partidas de juegos al aire libre. Pero a veces este



UN PARTIDO QUE SERÁ REÑIDO

Cupido, cómplice de los amos de hijos de millonarios, realiza cosas de mayor transcendencia: pone una cruz sobre el pecho del mariscal Foch o actúa de secretario en la Conferencia del Desarme.

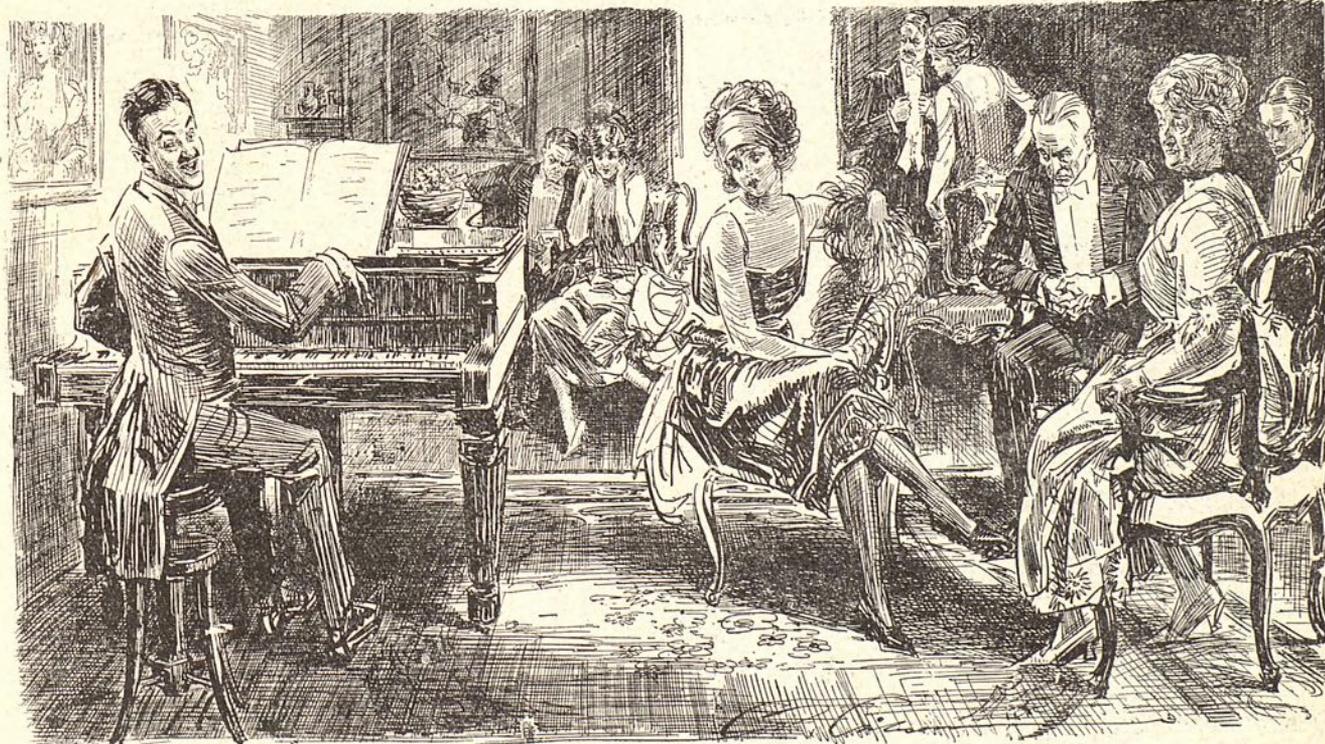
Porque Dana Gibson, si bien debe su popularidad a reflejar exactamente el medio de los felices y de los frívolos, no olvida la responsabilidad que incumbe a los humoristas contemporáneos.

Es un flagelador también. Durante la Gran Guerra, la *Life* neoyorquina y el *Punch* londinense publicaban terribles caricaturas antigermánicas. La línea afable, elegante, de Dana Gibson, se endurecía, se dramatizaba, y en vez de la *girl* desdenosa y grácil, veíamos al Káiser, ceñudo, insaciable y cruel. Las escenas plácidas del *home* eran substituídas por simbólicos episodios, donde las divinidades paganas o los personajes evangélicos procuraban mostrar al mundo los delitos del enemigo.

Pero esa no es la verdadera personalidad de Dana Gibson. Sus sátiras políticas se resienten de ampulosas o de cándidas. El no camina bien por los senderos ásperos de un Steinlen, de un Teodoro Heine, o de un Tito.

La fortuna le llegó demasiado pronto, y demasiado pronto le hizo señor, esclavizado del mundo que se divierte, jugando, de vez en cuando, a tener un poquito de pena aprendida en los libros, no sentida en el propio corazón...

JOSÉ FRANCÉS.



EL CUPLÉ GRACIOSO CANTADO POR UNO QUE NO TIENE GRACIA



— ¡Mira, Lolín, los dos patitos!

Dib. SILENO. — Madrid.

NO CREO EN EL ZODÍACO
AL NUEVO AÑO

¡Año nuevo y currutaco,
escucha mis confesiones:
«¡Yo no creo en el Zodíaco!...»
(¡Que conste, conste-laciones!)

Yo tales signos no veo,
ni bien sus nombres concibo...
Para mí no existe Leo.
(Para mí, sólo hay Escribo.)

Jamás vió Libra mi vista.
(Lo más, vió tres cuarterones.)
Virgo no creo que exista.
(Y eso que hice indagaciones.)

Sagitario, el potro listo,
me parece una tontuna;

y jamás a Scorpio he visto.
(Scarpia, si he visto alguna.)

Géminis, en los arcanos
celestes no ver espero...
Dicen que son dos hermanos...
(¡Caray!... ¿Serán los Quintero?)

Cáncer no llevo a inquirir
lo que expresa en zona tal...
¿Qué quiere Cáncer decir?...
(¿Será un tumor sideral?)

Capricornio y Tauro, unidos
con Aries, no ven mis lentes...
(Yo sólo veo maridos
más o menos complacientes.)

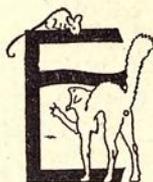
Lo que significa Acuario
jamás me puedo explicar...
(Y eso que vi a un boticario
con Fernández del Villar.)

Y en fin, queridos lectores,
en Piscis nunca he creído
(pues siempre me he sonreído
de los Piscis de colores).

Jamás las estrellas vi
del Zodíaco, y dudo de ellas;
aunque nunca lo sentí...
Si no veo las estrellas,
¡tanto mejor para mí!

LUIS DE TAPIA.

EL HUEVO EXPÓSITO



STO acaeció en el reino libre de Pancracia, a dos millas de los Angeles y tres de California. Pasaba yo los veranos, por entonces, en este bucólico país, en una coquetona villa de la ribera del Pisuerga (el Pisuerga de Pancracia), cuando ocurrió el suceso extraordinario que voy a referir, para mostrar hasta qué punto puede llegar la cultura de este pueblo, donde bastó un hecho insignificante y al parecer baladí, como éste que voy a relataros, para que se pusieran en movimiento jurisconsultos, biólogos, teólogos y jefes de administración de primera.



... En el corral de casa aparecieron un día tres gallinas: una era roja, otra era pinta, y la tercera era moñuda.

Como nosotros no teníamos más que dos, andábamos averiguando a quién se le habría escapado la tercera, cuando la criada de la casa encontró un huevo entre el estiércol.

— ¡Un huevo! — exclamó alborozada —. ¡Han puesto un huevo!...

Como yo tengo este natural, investigador de suyo, pregunté inmediatamente: — ¿De cuál es?

Pensaba yo que esta pregunta era de lo más inofensivo e inocente que pudiera preguntar hombre alguno; pero resultó que no.

— De la pinta tiene que ser — dijo una de mis tías, y adujo su razón —; la pinta estaba sobre el huevo.

Los hechos son hechos. Si la pinta estaba sobre el huevo, ¿por qué no había de ser de la pinta? Pero otra tía mía, de espíritu analítico y escudriñador, saltó y dijo:

— De la pinta no es, porque está clueca.

¡Ah, caramba!, no puede uno fiarse de los hechos; las cluecas no ponen huevos durante la fiebre de incubación; pero, en cambio, tienen la propensión irresistible a cubrir todo huevo que encuentran. De ahí que lo que parecía ser prueba no lo fuese.

— El huevo — siguió diciendo mi segunda tía, que era además tía segunda — debe haberlo puesto la roja, porque ha estado cacareando toda la mañana, cosa que no ha hecho ninguna de las otras.

Esta hipótesis tenía los requisitos necesarios de observación experimental y de conocimientos técnicos propios de toda suposición que aspire a ciertas garantías científicas. Sería el huevo de la roja.

Pero una tercera tía mía se presentó, y con ella el tercer punto de vista: para saber si una gallina va a poner huevos

o no recurren los técnicos y prácticos a una discreta y digital exploración por ciertos sitios. Como ella acababa de aplicársela a la roja y la roja tenía el huevo en puertitas, imposible que hubiera sido ella la ponedora. ¡Formidable y aplastante objeción! Un tecnicismo abole a otro. No basta observar y conocer, hay que llevar hasta su fin observaciones y conocimientos.

El huevo, por exclusión, tenía que ser de la moñuda, a menos que... a menos que no fuera de ninguna... Esta posibilidad fué precisamente la que se encargó de insinuar el chico mayor de nuestros vecinos, mozo despreocupado y desenvuelto, que en diciendo a discurrir toma el tranquillo de no creer ni en la paz de los sepulcros.

— ¿Qué se apuestan ustedes a que el huevo lo ha dejado ahí cualquier bromista para chunquearse de nosotros?

Hubo un momento de estupor. Nadie se atrevía ya a opinar después de aquella posibilidad picaresca.

Pero intervino su padre, prestigio venerable en Ciencias Naturales, vicepresidente del Instituto de Metodología Biológica, y preguntó:

— ¿Saben ustedes a todo esto, señoras mías, si el huevo es de gallina?

¡Cataplum! ¡Aquello sí que era martillazo! Pues, ¡es verdad! Tanto discurrir si era de ésta o de la otra y...

— Pero ¿qué más da, señoras? ¡Comanse el huevo, y que aproveche! — recalcitró el hijo del sabio.

— ¿Y si resulta de algún animal venenoso? — advirtió una voz, alarmados ya los ánimos con la duda metódica del sabio.

— Pero ¿de qué animal va a ser, si no se encuentra por aquí ni en cien leguas a la redonda otro animal que

ponga huevos? No hagan ustedes caso de éste.

«Este» era el sabio, y la que hablaba así, su señora.

— Tiene razón mamá — replicó el chico —, ¡que me frían el huevo!

Entonces fué cuando intervino el presbítero del lugar.

— Señores, poco a poco... *Utroque ad majorem unitas...* El huevo, si el dueño lo consiente, debe rifarse para aplicar el producto a la Parroquia.

— Según, páter, según; no prejuzguemos las cuestiones — dijo el novio de la niña del sabio, joven conservador de gran porvenir en la abogacía y la política —. «Debe rifar el huevo el dueño»... Y ¿quién es, jurídicamente; quiere usted decirme quién es el dueño de este huevo? Porque tener un objeto en la mano sólo indica tenencia, pero no, señoras y señores, pertenencia.

En fin, ¡a qué cansaros! En un país de cultura, sin refinamientos cívicos, hubiera acabado la cuestión a trompazos y a gritos por si son míos el huevo, la razón y la gallina. Pero en este país, no; y esto es lo que quiero citar para estímulo y ejemplo. En aquel país hay un Ministerio de Consultas Interiores, para todos estos casos imprevistos, y aquel grupo de ciudadanos ejemplares puso el asunto en manos de su ilustrísima el ministro, el cual, con celo escrupuloso, previo estudio de la cuestión, dictó un Real decreto creando un Instituto, que se llamó Instituto Ovuloide, con personal idóneo pertinente y con la múltiple y polifacética misión de:

1.º Clasificar y coleccionar todos los huevos conocidos, a fin de no incurrir en similares titubeos cuando se presentara otro caso de esta índole.

2.º Investigar por la sesión de microscopios y espectroscopios al efecto, la naturaleza química del huevo.

3.º Entretener y vigilar los aparatos necesarios, para evitar en lo sucesivo la putrefacción de los huevos en litigio («en lo sucesivo», decimos, porque el huevo en cuestión se había perdido ya meses antes, dado el tiempo requerido para el estudio y para la confirmación del Real decreto).

4.º Habilitar para Museo el local actualmente destinado a Exposiciones de pinturas.

5.º Formar un Cuerpo jurídico, por concurso, para resolver las cuestiones de propiedad.

6.º Publicar memorias dando cuentas de los trabajos del Instituto; y

7.º y último. Nombrar una Sección de fisiólogos para evitar que el contenido del Museo pueda convertirse en sobrealimentación del director, subalternos y familias.

Así se gobierna y se hace un pueblo grande. No hay acontecimiento pequeño cuando el genio de un gobernante lo recoge y lo hace suyo.

MANUEL ABRIL.



Dib. CUESTA. — Madrid.

— Mamá, ¿es verdad que papá te conoció en la Casa de Fieras?

DEL BUEN HUMOR AJENO

EL BUEN PESCADOR, por Georges Courteline.



Un amanecer, a la orilla de un río.

EL SEÑOR POMMADE (preparando su anzuelo). — ¡Diablo! ¡Qué viento norte corre esta mañana! No está el día en muy buenas condiciones para el trabajo. Me parece que no voy a pescar mucho... Vamos a ver. (Echa el anzuelo, que se hunde en seguida. Al tirar, sale, vivito y coleando, un pez.) — ¡Uno!

(Desengancha el pez del anzuelo y lo vuelve a tirar al agua. Vuelve a preparar el anzuelo. El mismo juego de antes, y reaparición del mismo pez.)

— ¡Dos!

(El pez vuelve a ser libertado, echado al agua y pescado de nuevo.)

— ¡Tres!

(El mismo juego.)

— ¡Cuatro!

(Otra vez lo mismo.)

— ¡Cinco!

(Llega el señor Garrigou en su esparavel. Plan de perfecto pescador: anzuelos y toda clase de pertrechos. Deja en el suelo su material, y se instala; con las piernas abiertas, sobre la hierba.)

EL SEÑOR POMMADE (que le ha estado mirando con asombro creciente). — ¡Oiga, hombre! (El señor Garrigou vuelve la cara.) Supongo, señor mío, que no tendrá usted la pretensión de pescar en mi trozo, ¿verdad?

EL SEÑOR GARRIGOU. — ¿En qué trozo?

EL SEÑOR POMMADE. — En mi trozo de río.

(El señor Garrigou vuelve la espalda y se pone a preparar el anzuelo.)

EL SEÑOR POMMADE. — ¡Ira de Dios! (Se dirige sobre el señor Garrigou.) Ya está usted dejando el campo libre, ¡de prisa!

EL SEÑOR GARRIGOU. — Pero, vamos a ver: usted, ¿qué es lo que quiere?

EL SEÑOR POMMADE. — ¡Que se vaya usted!

EL SEÑOR GARRIGOU. — Y ¿por qué me voy a ir? ¡El río es tan mío como suyo!

EL SEÑOR POMMADE. — El río, es posible; pero no la pesca. (Asombro del señor Garrigou.) Yo no me refiero a la pesca del río. Yo digo la pesca de mi trozo.

EL SEÑOR GARRIGOU. — ¿De su trozo?

EL SEÑOR POMMADE. — Sí, señor; de mi trozo. De un trozo que yo he alquilado al Municipio y he cerrado por los dos lados para que mi pez no se escape. ¿Se entera

usted? ¿Ve usted cómo tengo derecho a decir que la pesca de este trozo es mía?... (Se excita poco a poco.) Un pez que yo mismo he comprado, que yo mismo he traído a este trozo de río y que yo mismo he echado al agua para darme el gusto de pescarlo, ¿no es un pez mío? Un pez que yo mismo he alimentado día por día, ¿no es un pez mío? Un pez que yo pesco y repesco hasta cuarenta veces diarias, hasta el punto de que ya me conoce y se deja pescar de buena voluntad, ¿no es un pez mío, exclusivamente mío?

EL SEÑOR GARRIGOU. — Pero ¿qué tonterías dice usted?

EL SEÑOR POMMADE. — ¡Ah! Pero ¿todavía no está usted convencido? Bueno. Espere usted un momento... (Se aproxima al agua y, haciendo bocina con las manos, llama con voz tonante.) ¡Teodoro! (El pez asoma la cabeza y sonríe cariñosamente.) ¿No es verdad que tú eres mi pez? (Signos afirmativos en el pez.) ¿Ve usted? ¿Ve usted cómo es una tontería negar mi derecho? Además, que veríamos si conseguía usted pescarlo...

EL SEÑOR GARRIGOU (enfurecido). — ¡Y le pescaré!

EL SEÑOR POMMADE. — Ande a ver. ¡Pésquele, si puede!...

(El señor Garrigou echa el anzuelo. Unos instantes de ansiedad. Se hunde el corcho. El señor Garrigou tira vivamente y saca el pez. Sonrisa de triunfo en sus labios. Pero el pez, al notar que no es su amo el que le pesca, se desengancha precipitadamente y vuelve a su natural elemento, manifestando un profundo descontento.)

EL SEÑOR POMMADE. — ¡Ah! ¿Se convence usted?

EL SEÑOR GARRIGOU (pasmado). — Sí...; pero... yo...

EL SEÑOR POMMADE. — Nada, nada. Déjenos en paz a Teodoro y a mí. Nos molesta usted demasiado a los dos. ¡Ande! ¡Ande! ¡Fuera de aquí!

A. R.



Dib. ALCALÁ DEL OLMO. — Madrid.

— ¿No os parece que ya nos sabemos el camino?

NOTAS DE SOCIEDAD

Ha sido agraciado con la Gran Cruz de Puerta Cerrada nuestro buen amigo D. Gregorio Suchales, inventor de los paraguas sin puño.



En su casa de Valdemorillo se encuentra enferma de alguna gravedad la opulenta marquesa de Zarzalejos.

Sus sobrinos desconfían de que se muera.



En los círculos aristocráticos se asegura, con visos de verosimilitud, que la ilustre duquesa de Covarrubias y de Loriente, tres veces grande de España, se ha quitado el vicio del tabaco.



Se halla mejorado de su ataque de lombrices el consejero de Estado señor Coronis.

GABARDÍNEZ

CORRESPONDENCIA
MUY PARTICULAR

M. M. A. y F. R. de A. Madrid. — Han llegado ustedes tarde: cuando recibimos sus villancicos ilustrados, estaba ya en máquina nuestro número de Navidad. Por cierto que lo lamentamos, pues si no todos, hubiéramos publicado con gusto alguno de los villancicos.

Uribe. Madrid. — El mono está muy bien, y se publicará; en cambio, la historieta convengamos en que es bastante deleznable.

L. R. Madrid. — Puede pasar. Veremos de publicarlo; pero tenga un poco de paciencia hasta que le llegue su turno.

Misidoro. Barcelona. — ¡Es usted el hombre más hermoso de España y el dibujante más desahogado de Europa! Hay que ocultar un poquito más las desnudeces. Cómprese unas MAYAS espesitas.

Godínez. Carabanchel. — Su «gente bien» está bien, y el otro está mal. Publicaremos el primero.

Imbécil. Cartagena. — ¡Hombre, no es para tanto! ¡Lo dejamos en idiota?

Argimiro. León. — Nos ha gustado mucho su composición poética; pero recomen-

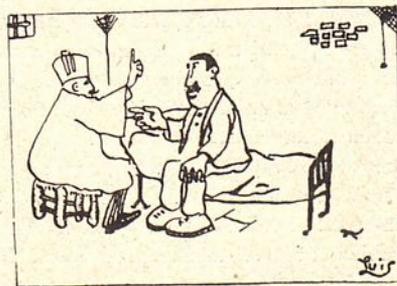


TOBILLERAS Dib. ZAMORA. — Madrid.

— No sé por qué mamá les quita capítulos a las novelas que nos deja leer...
— ¡Da lo mismo..., mientras no nos quite el índice!...

damos a usted se fije en el título de nuestro semanario. Si publicamos sus lamentaciones, nos vamos a quedar sin lectores, y esto, la verdad, no nos seduce.

Mochó. Barcelona. — Nos ha parecido tan bien su felicitación, que no podemos



Dib. Luis. — Madrid.

— Sobre todo, cuando le interroguen, no pierda usted la cabeza.

— No; si yo, durante el interrogatorio, no tengo miedo de perderla; es después.

El "sacarurus sindicalis" y el "extracto de camelo"

YA lo sabrán los lectores: los boticarios que despacharon al Sr. Martínez Villar el *sacarurus sindicalis* y la *tintura de energúmeno* y la *cebolla de marrana*, han sido procesados... Es la fórmula consabida. Aquí, en España, hemos descubierto el *emplastus juridicus*, de innegables resultados: cuando se pretende no perjudicar a un individuo que está en un aprieto, se le procesa, y en paz.

Luego, naturalmente, pasado algún tiempo, la causa se sobreesee..., y todos tan contentos.

Se ha salvado la Justicia.

Contra el *extracto de camelo* y el *sacarurus sindicalis* está recomendado el viejo producto: el *emplastus juridicus*. Todo es uno y lo mismo: *camelus*.

resistir a la tentación de insertarla íntegra. ¡Ahí va eso!

FELICITACIÓN

Aquí viene el basurero, que es muy diligente y buen trabajador, y al invierno no teme al frío, ni al verano la calor.

Con mi capazo y paleta que llevo en mis manos, es para servir pronto a todos mis ciudadanos.

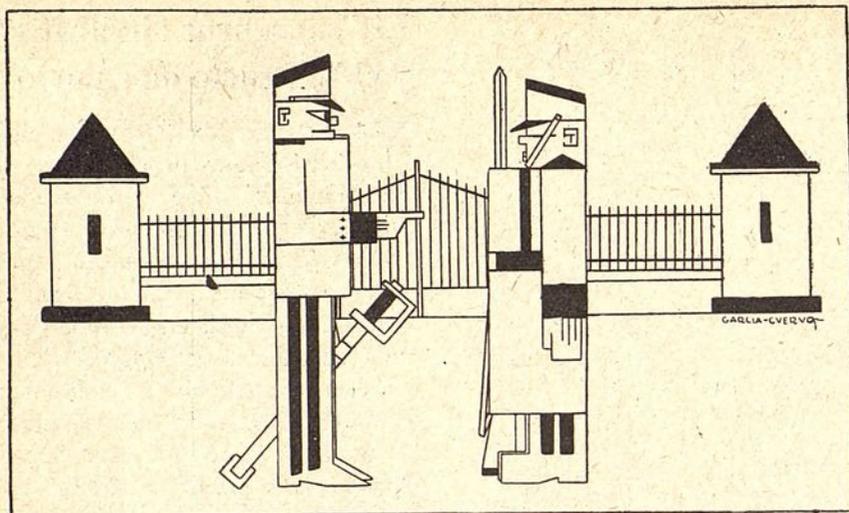
Una cosa voy a decir, que es verdad y certifico: que respeto tanto al pobre como al rico, y del más grande al más chico.

Aunque cansado y fatigado estoy, el basurero nunca se apura, sino que siempre atento voy adonde me llaman para ir a recoger toda clase de basura.

Doy un cariñoso saludo a los vecinos de mi demarcación, Barcelona y pueblos agregados, y en su totalidad, deseándoles que pasen muy buenas y felices las Pascuas de Navidad.

Servidor de ustedes,
EL BASURERO.

Para el año próximo le deseamos muchos encargos, y que éstos no se limiten a basureros, serenos, etc. Sinceramente le



Dib. GARCÍA CUERVO. — Madrid.

— ¡Caramba! Aquí debía haber dos centinelas... ¿Cómo estás tú solo?
— Pues, mi capitán..., ¡muy aburrido!

creemos a usted capaz de mayores empresas, y no dudamos ni un momento que algún día se le hará justicia. ¡Ah!, nos interesa mucho conocer su tarifa de precios.

Zurro. Madrid. — Aprovechamos uno de sus dibujos: el de la Venus de Milo.

Tenemos en preparación un número extraordinario dedicado a CARNAVAL. Hasta el día 31 de enero tienen tiempo nuestros colaboradores espontáneos para enviarnos trabajos sobre este tema. Pasado dicho día, es inútil remitirnos originales con destino a este extraordinario. Huelga advertir que, como siempre, únicamente publicaremos los dibujos, artículos o versos que lo merezcan.

Kike. Madrid. — ¡Qué lástima que, dibujando usted tan bien, tenga tan repiquitísima gracia! Mándenos alguna otra cosa, aunque no sea historieta.

R. S. Huesca. — No puede ser. Mientras

no se ponga usted de acuerdo con la ortografía y con la sintaxis, no es posible acceder a su ruego.

Non Plus. Cádiz. — Ya sabemos que esa fama es injusta: conocemos lo del fomento del turismo y otra porción de graciosas ocurrencias sobre el mismo tema; pero no estaría de más el que les hubiera usted dibujado un poquito más largas las cazadoras.

El boticario y las chulapas. Madrid. — Eso que se lo despachen a usted en la farmacia del Sr. Martínez Villar, en tres papeles y en cantidad suficiente.

Cegati. Madrid. — Pero ¡hombre de Dios! ¿A quién se le ocurre suponer que vamos a publicar semejante historieta? Nuestro periódico no es precisamente para las Ursulinas; pero tampoco para que se lea en burdeles.

J. A. R. Sevilla. — Puede usted enviar sus dibujos certificados, haciendo constar que es original para imprenta. Lo más seguro, sin embargo, es que haga usted esa consulta en la Administración de Correos.

Ramis. Barcelona. — Sí, señor. Aquí pagamos todo lo que publicamos; ahora que, como usted comprenderá, la cantidad depende de la calidad de los originales, como también el tamaño de su reproducción. No

devolvemos ningún original que no sea solicitado por esta Dirección. Envíe usted algún trabajo, y, si nos gusta, nos entenderemos por carta.

J. de la L. Santander. — Respecto a la colaboración literaria que nos ofrece, le participamos que nuestro criterio es exactamente lo mismo que para la colaboración artística. Aténgase, pues, a lo dicho al señor anterior.

G. C. Madrid. — Admitidas las nenas microscópicas, más por el pie que por el dibujo.

Alfaraz. Madrid. — ¡Por fin! Es una pena; pero tampoco nos satisface la 1.032 historieta con que nos ha favorecido usted en las últimas veinticuatro horas.

L. G. S. Madrid. — Ese sucedido en cuatro cuadros es antigüísimo y tontísimo. No se publicará.

Beberide. Madrid. — Están bien. Se publicarán.

Coronado. Madrid. — Idem id.

F. B. Madrid-Londres. — Su barrabada queda admitida. Nos permitiremos colocar la última viñeta después de la penúltima, porque tal como usted la envía, es alterar el orden natural de las cosas.

J. L. R. Madrid. — Su artículo Año nuevo tiene, pero le falta; más le falta que tiene. Guárdelo usted para el año próximo.

No se devuelven los originales, exceptuando los que se refirieran a nuestros concursos, ni se mantiene correspondencia acerca de ellos.

Bastará esta sección para comunicarnos con los colaboradores espontáneos.

Arturo. Avilés. — A usted se le ha indigestado el pavo de estos días. Le deseamos un rápido y completo restablecimiento.

S. S. S. Sevilla. — Sí, señor. Seguidamente serviremos su suscripción semestral.

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID

Los números atrasados de BUEN HUMOR se hallan de venta en el puesto del Bar Sol, esquina a la calle de Carretas.

Alsanco

CARRETAS, 6

PRIMERA CASA EN PELETERÍA

RENARDS :-: ABRIGOS

ÉCHARPES :-: CUELLOS

TALLERES PROPIOS

VENTAS POR MAYOR Y AL DETALL

Alsanco

CARRETAS, 6

MANTEQUERÍAS LEONESAS



ES LA MEJOR MANTECA DEL MUNDO
COMESTIBLES FINOS

ALCALA, 21

SEÑORAS: Visitad esta casa, donde encontraréis en abundancia y de las mejores marcas, jamones, fiambres, faisanes, capones de Bayona, champagne, vinos, licores y toda clase de artículos propios para regalo.

CREMA

REINA VICTORIA

LO MEJOR PARA EL CUTIS

PÍDASE EN PERFUMERÍAS

EL MEJOR INSECTICIDA

LEYER

DE VENTA EN FARMACIAS,
DROGUERÍAS Y PERFUMERÍAS

HOTEL DE VENTAS

MUEBLES PARA OFICINAS Y
DE ARTE ANTIGUO ESPAÑOL

ATOCHA, 34

MUEBLES DE TODAS CLASES

MADRID



Inmenso

SURTIDO

EN JOYERIA, RELOJERIA
Y PLATERIA::

PRECIOS DE FABRICA

Daniel Inclan

MONTERA 23 + BOLIVAR 23
MADRID MEXICO

LEA USTED EL PRÓXIMO NÚMERO DE

BUEN HUMOR

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

= ALCOHOLATO =

ABRÓTANO MACHO

Alcoholera. — Carmen, 10. — Madrid.





Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS, SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.



Concursos de BUEN HUMOR

Buen Humor, que aspira a ser la primera revista satírica de España y cuenta entre su colaboración literaria y artística a los escritores y dibujantes humorísticos más ilustres, no quiere limitar su eficacia a ese brillante grupo de novelistas, cronistas, poetas, caricaturistas y dibujantes, cuyas firmas habrán de avalorar asiduamente nuestras páginas.

Buen Humor desea contribuir a la revelación de nuevos valores hoy inéditos y procurar que el humorismo español, de tan gloriosa tradición, se amplíe y magnifique.

Buen Humor anuncia, por lo tanto, los siguientes concursos:

NOVELAS HUMORÍSTICAS

BASES

A) El concurso queda abierto desde el día de la fecha, y se cerrará el día 31 de enero de 1922, a las seis de la tarde.

B) Los originales tendrán una extensión mínima de setenta y cinco y máxima de cien cuartillas de tamaño corriente, escritas a máquina y por una sola cara.

C) Los originales se firmarán con un seudónimo o lema y se acompañarán de un sobre cerrado que contenga el nombre, apellidos y domicilio del concursante.

D) Un Jurado competente, cuyos nombres se harán públicos en el número de **Buen Humor** inmediato a la fecha de clausura, concederá el premio de

QUINIENTAS PESETAS

a la mejor

NOVELA HUMORÍSTICA

proponiendo a la Dirección de **Buen Humor** aquellas otras que considere recomendables para su publicación.

E) La Dirección de **Buen Humor** se reserva el derecho de adquirir dichas novelas, siendo condición indispensable para ello que revelen por escrito sus nombres y su asentimiento los autores respectivos, con arreglo a la lista de lemas recomendados.

F) La **novela humorística** premiada y las adquiridas se publicarán en varios números sucesivos de **Buen Humor**, ilustradas por notables caricaturistas.

G) Las obras no premiadas deberán ser recogidas de la Redacción de **Buen Humor** a partir del día siguiente de la publicación del fallo del Jurado en esta Revista y dentro del mes de febrero de 1922. Expirado este plazo, la Empresa no responde de los originales.

H) El fallo del Jurado será inapelable, y el mero hecho de concurrir supone en los concursantes su asentimiento y respeto a las anteriores bases.

HISTORIETAS

BASES

A) Las historietas habrán de ser originales, y el artista tendrá absoluta libertad para la elección de asunto y para su desarrollo, pero no se publicarán las groseras o de mal gusto.

B) No se limita el número de viñetas, pero habrá de tenerse en cuenta que cada una de las historietas ha de ser publicada en una sola plana de **Buen Humor**.

C) Los originales vendrán dibujados a la línea o a la mancha, sobre cartulina blanca y firmados con nombre o seudónimo. Se acompañará con cada original un sobre cerrado conteniendo el nombre del autor y su domicilio.

D) Desde la fecha hasta el 31 de enero del año próximo, se admitirán los originales en la Redacción de **Buen Humor**.

E) La Dirección de **Buen Humor** publicará por orden de entrega las historietas recibidas y admitidas, abonando por cada una de las publicadas la cantidad de **cincuenta pesetas**.

F) Una vez publicadas todas las historietas presentadas dentro del plazo indicado, durante un mes **Buen Humor** publicará un **cupón** para que todo lector de nuestro semanario vote la historieta que mejor le haya parecido.

G) El autor de la historieta que resulte con mayor número de sufragios percibirá el premio único, consistente en **doscientas pesetas**.

H) Semanalmente y en la sección de «Correspondencia» daremos cuenta de las historietas admitidas o rechazadas.





Dibujo de LINAGE.—De nuestro concurso de carteles.